

De santos y caudillos

Jorge Volpi

Autor de libros como En busca de Klingsor y Leer la mente, Volpi toma como punto de partida el más reciente libro de Enrique Krauze, Redentores, para realizar un itinerario de la obra del historiador mexicano y reflexionar en torno de los vínculos, siempre complejos y contradictorios, entre los intelectuales y el poder en México y América Latina.

I

En octubre de 1974, Enrique Krauze, un joven ingeniero de 27 años, presentó su tesis doctoral en El Colegio de México, una de las instituciones académicas más prestigiosas del país; publicada luego con el título de *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana* (1976), lo convirtió no sólo en uno de los historiadores más prometedores de su generación —al lado de su entonces amigo y luego rival, Héctor Aguilar Camín—, sino, con el paso de los años, en uno de los últimos intelectuales latinoamericanos cuya vinculación con el poder él mismo se propuso estudiar a partir de entonces.

En la introducción a este primer libro, Krauze escribía:

Las páginas que siguen fueron escritas con la esperanza de integrar una biografía colectiva. El esquema original del trabajo no preveía ese enfoque. Se trataba en un principio de examinar la “cuestión de los intelectuales” en México; ver de cerca el papel que han desempeñado en la historia contemporánea del país; explicar en lo posible por qué, las más de las veces, la vocación del intelectual mexicano ha sido la de sentirse Platón en Siracusa y no Sócrates, humilde buscador de la verdad; describir los casos en los que

la integración del intelectual al Estado hubiera generado en él una tensión moral, como ha ocurrido con tantos intelectuales en la historia de Oriente y Occidente.

A la postre, su investigación tomó otros derroteros —en buena medida por influjo de uno de sus mentores, Daniel Cosío Villegas, fundador de El Colegio de México— y terminó centrándose en las carreras de Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano, dos hombres de ideas que fueron también hombres de acción en el México posrevolucionario, pero ese enfoque inicial, la “cuestión de los intelectuales”, habría de asentarse como una de las obsesiones centrales de Krauze, tanto en el terreno de la investigación histórica como en el de su propia carrera pública.

Muy pronto, aquel joven se volvió colaborador, jefe de redacción (1977-1981) y subdirector (1981-1996) de la revista *Vuelta*, dirigida hasta su muerte por Octavio Paz; luego fundó *Letras Libres* (1999) y la editorial Clío (1992); y se convirtió en un destacado articulista en Estados Unidos, América Latina y España. Hoy es, sin duda, uno de los referentes indispensables de México en los albores del siglo XXI.

Paralelamente, Krauze ha escrito más de una docena de libros de divulgación histórica y crítica política,

ha producido una larga lista de documentales para televisión, se ha enzarzado en un sinfín de polémicas, ha abordado todos los asuntos urgentes de la actualidad mexicana e internacional y, sin jamás ocupar un cargo público —lo cual lo distingue de sus predecesores—, ha ejercido una considerable influencia en la vida pública mexicana gracias a su cercanía con diversos políticos, como el aspirante del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio (a quien aconsejó hasta un día antes de su asesinato en 1994), o los presidentes Carlos Salinas de Gortari (con quien terminó por distanciarse), Felipe Calderón y Vicente Fox.

En muchos de los textos que Krauze ha escrito en los siete lustros que han transcurrido desde aquel trabajo primerizo, las dos palabras que componen su título se han repetido una y otra vez, la primera casi siempre con prevención y desprecio (“caudillos”), la otra con ansia y buena dosis de admiración (“intelectuales”). Para él, esta polaridad ha marcado una constante en América Latina de la que él tampoco ha logrado rehuir.

El libro más reciente de Krauze, titulado justamente *Redentores*, cierra la pinza abierta con aquellos *Caudillos culturales*: si en su juventud se centró en dos intelectuales-políticos mexicanos, casi cuatro décadas más tarde ensancha sus miras hacia el conjunto de América Latina. Sin arriesgar un pedestre juicio psicoanalítico, esta muestra de congruencia revela un obvio sustrato autobiográfico: el interés que le despiertan estos *redentores* refleja su propio intento por transformar a la sociedad mexicana, dominada por las tentaciones autoritarias, el corporativismo oficialista y los resabios de un socialismo mal digerido, a través de su fe en la democracia liberal. Como para Vargas Llosa o (en cierta medida) Paz, para Krauze el liberalismo es más que un conjunto de ideas políticas: una pasión y una espada. Y la herramienta para conseguir que América Latina se convierta en una región moderna y próspera.

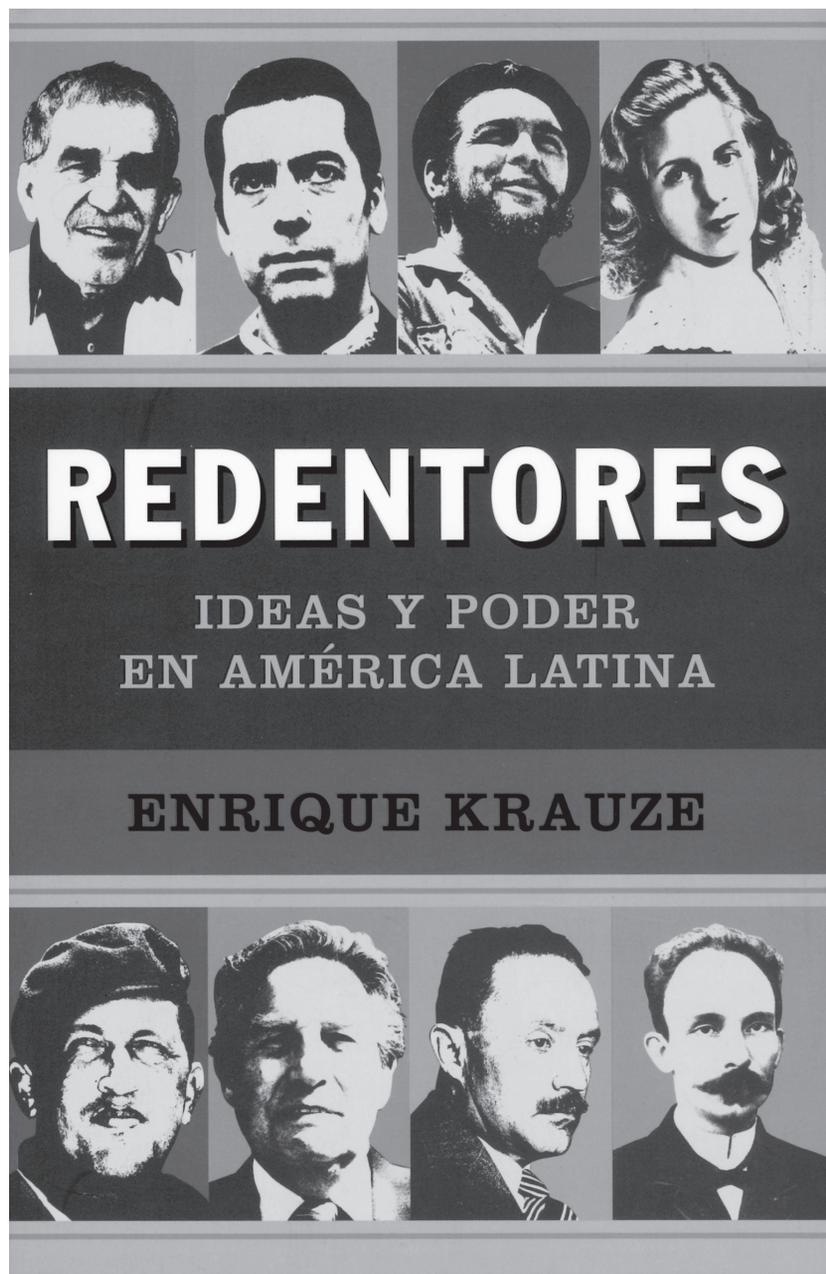
Durante todos estos años, el Krauze-historiador ha deplorado de mil maneras el caudillismo, al tiempo que el Krauze-intelectual no ha dejado de ejercerlo. En cualquier caso, sus obras no escamotean esta “tensión moral”: más allá del matiz un tanto despectivo del título, *Redentores* no se limita a criticar las desviaciones mesiánicas de los intelectuales latinoamericanos, sino que aspira a comprenderlas desde adentro.

De nuevo al lado de Aguilar Camín, Krauze podría ser considerado un *caudillo cultural de la transición mexicana*: aunque quizás a él le gustaría ser visto de otro modo, en el fondo nunca se ha comportado como un Sócrates, “humilde buscador de la verdad”, sino como un “Platón en Siracusa” que ha sabido defender, tanto en los espacios abiertos de la arena pública como en los entretelones del cabildeo, las mejores ideas del liberalismo.

II

En su ensayo “Cuatro estaciones de la cultura mexicana” (1981), Krauze retoma el viejo argumento generacional —anclado en la tradición hispánica con José Ortega y Gasset—, para ofrecer un retrato de familia de las promociones intelectuales que se han sucedido en México desde principios del siglo XX. Escrito como una síntesis de sus predecesores, el texto también puede ser leído como una encendida defensa de su propia genealogía intelectual.

Según Krauze, la primera generación del siglo XX, conocida como de 1915 —a la cual dedicó sus *Caudillos culturales*—, se caracterizó por observar el movimiento armado que derrocó a Porfirio Díaz sin participar en él. Estos “hombres activos, ordenados, racionales, prácticos, inquisitivos, realistas”, en sus propias palabras, despiertan en Krauze una nostálgica admiración hacia su olvidada labor cívica.



Tras ellos vino la generación de 1929, marcada por la malograda candidatura a la presidencia de José Vasconcelos —protagonista central de *Redentores*— y el establecimiento del predominio político del Partido Nacional Revolucionario (luego Partido de la Revolución Mexicana y Partido Revolucionario Institucional, PRI). Con el tiempo, muchos integrantes de este grupo se convirtieron en “intelectuales orgánicos” y terminaron por legitimar al régimen. Su pecado, según Krauze, fue el optimismo: creer que su voluntad reformadora bastaría para convertir al PRI en un partido democrático, descuidando su añeja estirpe autoritaria. Aun así, a estas generaciones pertenecen dos de los héroes intelectuales de Krauze (aunque la relación entre ellos fuese bastante compleja): el historiador Daniel Cosío Villegas y el poeta Octavio Paz.

La generación de Medio Siglo, en cambio, desde el inicio sintió una poderosa desconfianza hacia el modelo revolucionario, los constreñimientos del nacionalismo y las restricciones a la libertad de expresión. Sus integrantes eran irreverentes y mordaces, aunque al final

siempre supieron acomodarse en las instituciones creadas por sus maestros. Krauze reconoce su deseo de trastocar los anquilosados principios revolucionarios, pero deplora su compromiso izquierdista, sus flirteos con Cuba y su connivencia con el PRI. No es casual que el más célebre de sus miembros, Carlos Fuentes, haya sido objeto de la más despiadada crítica escrita por Krauze y que, publicada en la revista *Vuelta* en 1988, provocó la ruptura entre el novelista y Octavio Paz tras cuatro décadas de amistad.

Por último, Krauze incluye a la generación de 1968, a la que él pertenece pero con la cual apenas se identifica. Su talante: la militancia revolucionaria, la contracultura, la experimentación artística y sexual, las drogas y el ansia de verdades absolutas, elementos ajenos al espíritu del riguroso ingeniero que entonces se internaba en la exploración del pasado. Con los años, la distancia de Krauze hacia sus coetáneos no hizo sino acentuarse: en los setenta, cuando sus coetáneos aún escuchaban canciones de protesta y reverenciaban al Che o a Ho Chi Minh, Krauze iniciaba ya su camino hacia ese liberalismo que sus enemigos considerarán una claudicación a la derecha.

Al final de sus “Cuatro estaciones”, Krauze incluye un párrafo que resume el escepticismo que lo domina frente a sus contemporáneos:

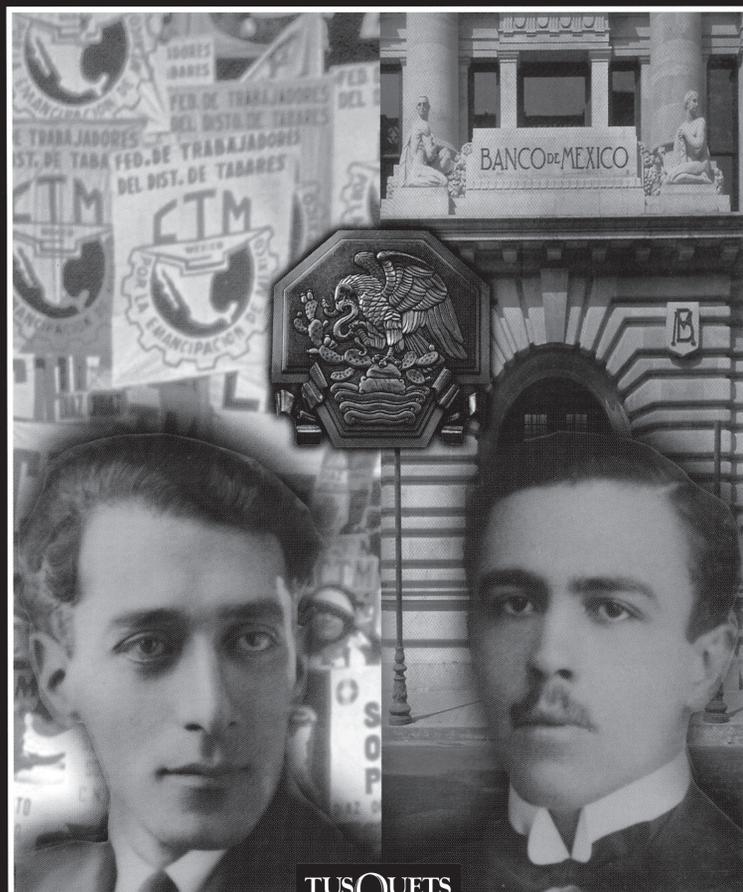
En el fondo de todo un viejo resentimiento. Si hubiese perdurado el espíritu libertario y de solidaridad del movimiento estudiantil, la generación estaría integrando ahora todo el ciclo generacional anterior —y su propia negatividad— para construir alternativas nuevas, viables, mejores para México. Lo que perduró, en cambio, fue Tlatelolco. La Generación del 68 tiene, con plena razón, una cuenta que cobrar: de ahí su temple destructivo.

En esta suerte de genealogía, Krauze elige claramente a sus mentores: los miembros de las generaciones de 1915 y 1929. Como los primeros, se ve como uno de esos “hombres activos, ordenados, racionales, prácticos, inquisitivos, realistas”, tan mal comprendidos en su tiempo. Y, como Paz o Cosío Villegas, reivindica la crítica como único instrumento para distanciarse de los dogmas de su tiempo. Frente a la generación de Medio Siglo, Krauze experimenta en cambio una profunda resistencia. Si bien admira sus riesgos estéticos y su lucha contra el nacionalismo, deplora la ambigüedad ética que sus integrantes mantuvieron hacia el PRI. A sus contemporáneos de la generación de 1968 no los trata mejor: el movimiento estudiantil, en su opinión, sólo consiguió minar las instituciones creadas por sus predecesores (de allí las frecuentes críticas de Krauze a su *alma mater*, la “masificada” Universidad Nacional Autónoma de México) y sus líderes, entrampados en la ideolo-

Enrique Krauze CAUDILLOS CULTURALES EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA

colección andanzas

Biografía



gía marxista, jamás llegaron a asumirse como auténticos adalides del cambio democrático.

Él prefirió otra senda: tras un breve flirteo radical al lado de Aguilar Camín —que provocó una afilada crítica de Paz contra los dos amigos—, Krauze se encaminó hacia el liberalismo de Cosío Villegas. Caso raro en su estirpe: a diferencia de Paz o Vargas Llosa, el socialismo fue para él una enfermedad venial. Quizá por ello su tono no posea la furia —ni las dudas— del converso, sino la autoridad de quien siempre cree haber tenido la razón.

A partir de los ochenta, cuando se transformó en secretario de redacción y luego en subdirector de *Vuelta*, Krauze acabó por sellar una alianza táctica con Paz, quien, tras atravesar un itinerario muy distinto, poco a poco llegaba a simpatizar con las pautas liberales de su joven discípulo (sólo que, como el historiador apunta con cierta desazón en *Redentores*, al final de su vida el poeta volvió a dejarse encandilar por el socialismo de su juventud).

Krauze es, pues, una *rara avis* en el panorama intelectual mexicano: judío frente a una mayoría católica (o brutalmente anticlerical); liberal frente a una mayoría de izquierdas; alejado de la academia y de los puestos públicos frente a una mayoría que subsiste de una cosa o de la otra; empresario frente a un ambiente cultural dominado por las subvenciones estatales. Pero su posición voluntariamente marginal se vio recompensada con el apoyo explícito que le dispensó Paz, la figura intelectual más poderosa de México durante el último tercio del siglo XX, y por su propia capacidad para construir un grupo con ideas liberales —otros dirían *de derecha*— en un país en el cual esta tradición había sido prácticamente aniquilada por el régimen revolucionario.

Las contradicciones de Krauze no son, pues, las de sus coetáneos; tampoco las de sus maestros. Inmune al virus marxista, su congruencia ideológica resulta admirable. Pero en sus libros se advierte —más aún en *Redentores*—, una intensa fascinación por quienes padecieron en carne propia las fiebres ideológicas del siglo XX. Aunque en sus ensayos políticos (desde *Por una democracia sin adjetivos*, 1984) se empeñó en combatir esta deriva, su obra histórica revela cierto beneplácito, a veces rayano en la admiración, hacia figuras tan atrabilias e impetuosas —y alejadas de su temperamento— como Martí, Vasconcelos, Mariátegui o el propio Paz: acaso por ello, sus perfiles sean los más brillantes del libro. Poco importa que después sus dardos se carguen contra el Che, Evita, el subcomandante Marcos o Chávez; a fin de cuentas, todos ellos son simples políticos: hombres *con* ideas, no hombres *de* ideas, para usar su tortuosa formulación.

Otra vez en compañía de Aguilar Camín —hace falta escribir unas “vidas paralelas” sobre ambos, seme-

jantes a las que aparecen en la parte final de *Redentores*—, Krauze se ha convertido en uno de los últimos ejemplares de su especie. Si alguien escribiera la continuación de “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, descubriría que los escritores más jóvenes se comportan de manera muy distinta a ellos. El ascenso tradicional hacia el reconocimiento —fundar una revista, congrega un grupo ideológico, vincularse con los distintos factores de poder, escribir sobre la actualidad en diarios y revistas, aparecer en los medios electrónicos— se ha vuelto impracticable o incluso irrelevante para las generaciones de 1985 o del 2000. El hecho de que hasta el día de hoy *Letras Libres* de Krauze y *Nexos* de Aguilar Camín sean las únicas revistas de referencia en México, sin que ningún joven haya fundado una equivalente, es la mayor prueba de lo anterior.

A partir de la transición a la democracia, el mundo cultural mexicano comenzó a atomizarse y a perder la influencia que gozó con el PRI. La crítica política se deslizó de los intelectuales a los politólogos y la construcción del prestigio literario se trasladó de las revistas a los blogs y las redes sociales. En este escenario caótico e inestable, Krauze y Aguilar Camín —y acaso unos pocos más— constituyen una especie de supervivientes. Testigos vivos de una época en la cual los intelectuales buscaban ser, a un tiempo, hombres de ideas y hombres de acción. Quizá por ello *Redentores* sea un lúcido y conmovedor homenaje —un canto del cisne— a una tradición que se extingue de la mano de uno de sus últimos protagonistas.

III

Formalmente, *Redentores* se divide en seis capítulos, aunque en realidad podríamos distinguir tres secciones que no obedecen a un criterio puramente cronológico. En primer lugar aparecen los profetas, los “cuatro josés”: Martí, Rodó, Vasconcelos y Mariátegui (parte 1). A continuación viene el ensayo más extenso del libro, dedicado a Octavio Paz (parte 2). Y, para terminar, Krauze juega con una serie de *vidas paralelas*: Eva Perón frente al Che Guevara, Gabriel García Márquez frente a Mario Vargas Llosa y Samuel Ruiz frente al subcomandante Marcos, para concluir con un solitario apéndice sobre Hugo Chávez.

Quizá se echen de menos ciertos casos (Pablo Neruda, Carlos Fuentes, Lula da Silva) y pueda cuestionarse la conveniencia de incluir al obispo Ruiz como contraparte de Marcos —una elección demasiado obvia frente a quien, en mi opinión, ofrecería un mejor contraste con él: Evo Morales—, pero Krauze no ha querido elaborar un libro panorámico, sino un conjunto de retratos biográficos que le sirven para analizar la vieja

disputa entre las letras y las armas en la América Latina del siglo xx.

Algunos críticos le han reprochado a Krauze ser un “divulgador de la historia” y no un verdadero “historiador”. Se equivocan: en efecto, Krauze no es un académico y su fuerte no es la investigación archivística de primera mano, pero la interpretación de la historia también es historia, y Krauze es el más riguroso y profundo de los divulgadores. Posee además un instinto narrativo de primer orden, que le permite atrapar al lector en cada página. Poco a poco, se ha librado de algunos tics retóricos emulados de Paz —las oposiciones en diadas, el énfasis aseverativo— para decantarse por una claridad expresiva y una contención metafórica de enorme fuerza. Sus libros se leen, en verdad, como novelas: el mayor logro para un historiador de las ideas como él.

Como otros libros suyos (las *Biografías del poder, Siglo de caudillos* o *La presidencia imperial*), *Redentores* no es —no pretende ser— un conjunto de biografías al modo anglosajón, plagadas de notas a pie de página o primicias hemerográficas. Su género es otro: el retrato, y Krauze lo domina como nadie. Mejor: el retrato que encierra un capítulo de historia de las ideas. Pocos escritores poseen su habilidad para sintetizar e interpretar, en unas cuantas páginas, la vida y las opiniones de un personaje.

La primera parte de *Redentores* es, acaso, la más sólida: la sucesión de Martí a Rodó, de Rodó a Vasconcelos y de Vasconcelos a Mariátegui funciona como una saga familiar. Para Krauze, Martí inicia —un tanto a su pesar— la vía revolucionaria en América Latina: es el patriarca que pondrá en marcha el dispositivo que conducirá, trágicamente, a Castro. Al describir sus años en Cuba y su exilio en Nueva York, Krauze recrea el caldo de cultivo de todas las vocaciones libertarias posteriores. Cuando abandona las letras para tomar las armas, Martí se deja arrastrar por un torbellino que acaba por devorarlo. Su muerte, a manos de un campesino al servicio de los españoles, resulta más esperpéntica que heroica y sienta la pauta de otras inmolaciones, como la del Che.

La conclusión de Krauze es inclemente: los hombres de ideas que aspiran a convertirse en hombres de acción traicionan a las ideas y fracasan en la acción. Lo mismo les ocurrirá, en distintas medidas, a Rodó (convertido en un parlamentario irrelevante), a Vasconcelos (traicionado por la revolución a la que sirvió y después consumido por un rencor que lo aproxima al nazismo) y a Mariátegui (destruido por la enfermedad y el dogmatismo de sus camaradas). Como en un folletín decimonónico, los cuatro “josés” componen una familia disfuncional y, como una especie de maldición, la herencia del patriarca a sus descendientes —la idea revolucionaria— terminará por arruinarlos.

A la vez, esta sección de *Redentores* narra la evolución de una de las ideas que impregnan toda la historia latinoamericana posterior: la necesidad de encontrar una marca distintiva, una razón de ser particular. El virus de la identidad se transmitirá también de padres a hijos, en un arco que va del *Ariel* a *El laberinto de la soledad*, pasando por *La raza cósmica* y los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. A la distancia, Krauze observa esta deriva con un dejo de conmisericordia: tantas páginas para llegar, a la postre, a la tardía conclusión de Paz: América Latina no tiene una esencia, tiene una historia.

Y es a Paz a quien Krauze dedica el ensayo más amplio e importante del volumen. Si bien contamos con algunas espléndidas aproximaciones como *Poeta con paisaje: ensayos sobre la vida de Octavio Paz* de Guillermo Sheridan (2004), no existe una biografía definitiva sobre el escritor (desde hace décadas prepara una Enrico Mario Santí). En este sentido, “El poeta y la revolución” de Krauze se suma con fuerza al retrato, por ahora inevitablemente fragmentario, del autor de *Piedra de sol*. Con sutileza y claridad, Krauze desmenuza el *itinerario* del poeta —nunca mejor dicho—, enlazando anécdotas con un compacto análisis de ensayos y poemas fundamentales. Y, más allá de su reconocida admiración hacia su antiguo jefe y maestro, por primera vez marca una clara distancia frente a él. ¿Un homenaje? Sí, pero también un ajuste de cuentas.

En principio, su relato parecería la descripción precisa y objetiva de la trayectoria intelectual de Paz, desde el socialismo de su juventud hasta las posiciones democráticas y antiautoritarias (aunque nunca suficientemente liberales) de su madurez, pero el relato se construye bajo un prisma equívoco. Hábil constructor de historias de familia, a Krauze le hubiese gustado encuadrar la carrera del poeta en un arco simbólico que partiese del liberalismo del abuelo (don Irineo Paz), atravesase las desviaciones socialistas del padre (Octavio Paz Solórzano) y se cerrase, tras muchas dudas y retrasos, con el —breve— liberalismo del nieto (Octavio Paz Lozano). De allí la incomodidad con la que Krauze llama a Paz un “hijo de la Revolución” o la exasperación que le produce su simpatía final hacia el subcomandante Marcos.

Pero la senda de Paz no radica en su paulatino —y errático— descubrimiento del liberalismo; la suya fue, en cambio, una lucha feroz, a veces silenciosa y a veces brutal, contra la vertiente autoritaria del socialismo en el que creía. Paz jamás se sintió heredero del liberalismo de su abuelo, sino del socialismo de su padre. Y, si su camino resulta tan apasionante y fragoroso, es porque representa la solitaria batalla de un hombre que siempre creyó que la libertad no bastaba sin la solidaridad, y que siempre estuvo dispuesto a batirse con cualquiera que quisiese coartar la una o la otra.

Las simpatías socialistas del Paz joven y del Paz anciano no fueron, pues, errores de adolescencia o pecados de senectud, sino rasgos esenciales de su credo político. Si, a partir de su rompimiento con el estalinismo en los años cuarenta, Paz se sintió tan solo —y tan injustamente maltratado— fue porque sus compañeros en la izquierda jamás comprendieron su revuelta. Durante años, lo confundieron con un liberal (Monsiváis) y luego con un derechista (los manifestantes que quemaron su efigie en 1985 emparentándolo con Reagan), cuando por entonces Paz aún buscaba sumar el espíritu fraternal del socialismo al marco de la democracia.

Krauze, que lo conoció de cerca, jamás participó de este malentendido. Y por primera vez expresa su incomodidad hacia las posiciones del poeta, quien hasta el último instante se resistió a asumirse como liberal, aunque no cesase de fustigar a la izquierda por su dogmatismo y su falta de libertad crítica. Tal vez esta lectura de Krauze ayude por fin a devolver al autor de *Libertad bajo palabra* al sitio que le corresponde y que sus enemigos le han escamoteado durante tanto tiempo: el de un socialdemócrata irredento y combativo que siempre despreció la frialdad y la falta de *comunidad* implícitas en el *laissez-faire* del liberalismo clásico tanto como la propensión totalitaria de sus antiguos camaradas.

IV

Las “vidas paralelas” que conforman el último tercio de *Redentores* reflejan de manera más explícita las ideas de Krauze. La primera díada, formada por Evita Perón y el Che Guevara, muestra dos seres tan *interesantes* como repulsivos. La pobreza familiar de la primera y la enfermedad del segundo desataron en ellos personalidades igualmente egocéntricas y autoritarias, aunque en sentidos distintos. En su ingenuidad y su propensión melodramática —Krauze acierta al comparar su histrionismo hollywoodense con el de Castro—, ella terminó por encarnar una de las peores formas de populismo que luego habrían de volverse endémicas en la región. Ernesto Guevara, por su parte, representa para Krauze la quintaesencia de la vena católica que, según él, predomina de un modo u otro en todos los personajes del libro. Santo laico por antonomasia, el Che de Krauze resulta tan brutal como los inquisidores medievales, poseído por la misma fe reduccionista y abstracta.

Más problemática resulta la siguiente “pareja”, García Márquez *vs.* Vargas Llosa, el novelista dionisiaco contra el apolíneo: otra vez, Platón contra Sócrates. “Bajo la sombra del patriarca”, el ensayo dedicado al primero, no es un perfil biográfico como los anteriores, sino una ácida diatriba que repite la línea argumentativa de “La comedia mexicana de Carlos Fuentes”. Su trasfon-

do: la amistad del autor de *Cien años de soledad* con Fidel Castro. Como hiciera antes con el novelista mexicano, Krauze pretende establecer un juicio ético sobre el colombiano a partir de su obra literaria. Aparecido originalmente en *Letras Libres* como reseña a la biografía de García Márquez escrita por Gerald Martin (2008), el texto muestra la repulsión que experimenta Krauze frente a un novelista que, pese a su grandeza, está dispuesto a convivir con el demonio. Por desgracia, la superioridad moral adoptada en este enfoque ensombrece sus intuiciones de crítico literario e historiador. La conclusión del ensayo resulta o demasiado ingenua o demasiado maliciosa —y en todo caso irrelevante—: “[...] sería un acto de justicia poética el que, en el otoño de su vida y en el cenit de su gloria, [García Márquez] se disociara de Fidel Castro y pusiera su prestigio al servicio de los *boat people* cubanos. Aunque tal vez sea imposible. Esas cosas inverosímiles sólo pasan en las novelas de García Márquez”.

Vargas Llosa, amigo personal suyo, se encuentra para Krauze en el otro extremo de la ética. Como con Paz,

Enrique Krauze DE HÉROES Y MITOS

colección *andanzas*



el historiador mexicano arroja luz sobre la transformación ideológica del autor de *La fiesta del chivo* quien, en este caso, sí llega a posiciones equivalentes a las suyas. Pero al final el texto se desvía hacia la apología, santificando a Vargas Llosa como la única conciencia democrática del continente. Estas “vidas paralelas”, trazadas en la oposición maniquea entre un héroe y un villano empañan el equilibrio crítico que el libro alcanza en otras partes.

Más interesantes resultan los ensayos dedicados al subcomandante Marcos y al antiguo obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, dos de las caras del conflicto zapatista iniciado en 1994. Krauze consigue trazar estas vidas que no son paralelas, sino que se cruzan todo el tiempo en su desgarrada defensa de los indígenas, y termina por demostrar, desde extremos opuestos, su principal tesis: la omnipresencia del catolicismo en México y América Latina, sea en su vertiente eclesiástica (la *opción preferencial por los pobres* de Ruiz), sea en su vertiente revolucionaria (el mesianismo de Marcos).

El último capítulo, dedicado a Hugo Chávez—quien no merece ser confrontado con nadie más—, resume las ideas ya expuestas en *El poder y el delirio* (2008). Chávez es, como afirma Krauze en el epílogo, “una mezcla posmoderna de ideologías redentoras, teorías heroicas y autoritarismo caribeño, sin un solo rasgo de convicciones liberales o democráticas”.

En su rápida conclusión, Krauze sostiene que el mayor problema de la América Latina del siglo XX y XXI—el persistente error de sus hombres de ideas y de sus hombres de acción— consiste en haber despreciado la breve tradición liberal del siglo XIX y haberse decantado por la nostalgia monárquica y católica instaurada durante la época colonial. La mayor parte de los personajes del libro—con excepciones como la del *segundo* Vargas Llosa—comparten esta tendencia. A Krauze le parece casi incomprendible que hombres tan brillantes como algunos de ellos se dejasen contagiar por este extraño atavismo.

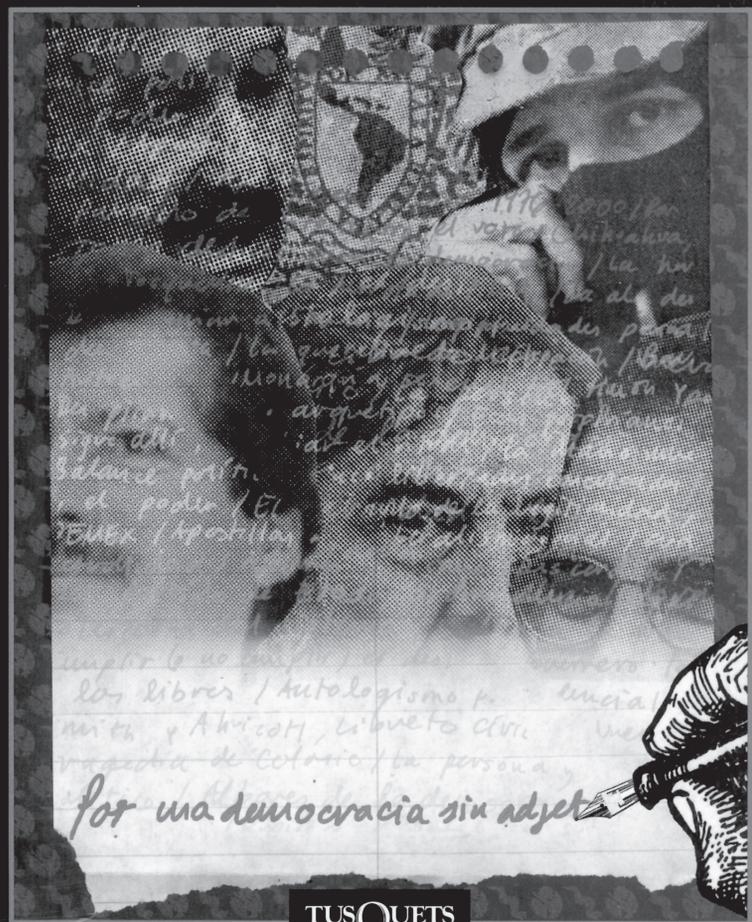
El historiador defiende su punto con firmeza: si, en vez de cegarse frente al autoritarismo asociado con el centro y la cruz, nuestros intelectuales hubiesen defendido las reglas básicas del liberalismo, los países de América Latina no habrían perdido tanto tiempo en llegar a la democracia. Sin embargo, a Krauze se le escapa que, por sí solo, el liberalismo no fue capaz de sacar adelante a la región, pese a que durante el siglo XIX triunfó en casi todas las naciones latinoamericanas. Por otro lado, le cuesta admitir que en el socialismo siempre existió una tradición democrática que, si bien durante buena parte de la historia fue minoritaria, ahora predomina en toda la izquierda europea y en buena parte de la latinoamericana.

Al final, de entre todos los personajes de *Redentores*, Krauze termina por identificarse sólo con uno de ellos: Vargas Llosa. Al historiador mexicano le parece el más admirable, porque fue capaz de abandonar por completo las convicciones autoritarias de su juventud para abrazar, con la mayor energía posible, el modelo liberal. Pero en el fondo Vargas Llosa nunca ha dejado de ser el mismo: mientras fue de izquierda, el autor de *La ciudad y los perros* mantuvo una fe sin fisuras en la ortodoxia castrista; la misma fe inquebrantable que lo distingue desde su *conversión* al liberalismo. Krauze no replica en que su encendida defensa de esta doctrina, como solución única para todos los problemas regionales, participa del mismo talante redentor que tuvo en el pasado. No basta, pues, con cambiar de creencias: para en verdad “redimirnos de los redentores”, hay que estar siempre dispuesto a criticar y poner en duda nuestras propias convicciones. Como demuestra Krauze en las mejores páginas del libro, ésa fue la gran apuesta de Octavio Paz. **u**

Enrique Krauze TAREA POLÍTICA

colección andanzas

Ensayo



Enrique Krauze, *Redentores*, Debate, México, 2011, 584 pp.